

Fernando Vallejo

Los días azules



Esta novela, primera del volumen *El río del tiempo* y publicada originalmente en 1985, resalta las reflexiones autobiográficas que son comunes en la obra de Vallejo. Su nefasta relación con el catolicismo, sus pensamientos sobre la actividad creativa y la literatura, la visión sobre las costumbres de su región, la relación con su padre, el boom latinoamericano son algunos de los temas donde ancla ese explosivo pensamiento que ha sido fundamental para el desarrollo de su carrera literaria. «Me pasé la infancia y la juventud en misa o leyendo novelas, y tantas oí y leí que perdí la fe: en dios, cosa que para los efectos de la literatura poco importa, y en el novelista de tercera persona que sí. Hoy por hoy no piso ni una iglesia ni de turista y no leo una novela ni a palos... me escapé del boom que no sé en última instancia qué fue».

¡Bum! ¡Bum! ¡Bum! La cabeza del niño, mi cabeza, rebotaba contra el embaldosado duro y frío del patio, contra la vasta tierra, el mundo, inmensa caja de resonancia de mi furia. ¿Tenía tres años? ¿Cuatro? No logro precisarlo. Lo que perdura en cambio, vívido, en mi recuerdo, es que el niño era yo, mi vago yo, fugaz fantasma que cruza de mi niñez a mi juventud, a mi vejez, camino de la muerte, y la dura frialdad del patio. Ah, y algo más: la criadita infame que a unos pasos se convulsionaba de risa.

La escena absurda se repetía a menudo y la veían de Marte: se repetía con la certeza del aguacero del dos de mayo, día de la Santa Cruz, cada vez que salía mamá, muy confiada, de compras al centro, dejándome al cuidado de la criada, y a ella el encargo de no olvidar mi chocolate con pan de dulce de las tres de la tarde.

—Hoy no hay chocolate —decía riéndose, a las tres, socarrona, la maldita.

Y yo emprendía una veloz carrera, viento de furia, por el corredor que llevaba al patio, y en el patio, puesto de rodillas como musulmán en oración (Alá es grande y Mahoma su profeta), empezaba mi plegaria de golpes: ¡Bum! ¡Bum! ¡Bum! La frente del niño rebotaba contra la baldosa del piso en un redoble in crescendo rítmico, furibundo, y los tornillos, las tuercas, las ruedas, las roscas, los clavos, los muelles, los ejes, las cuñas, las hélices, el cigüeñal, el torniquete, el embrague, las coordenadas, las abscisas, los planos, las líneas, las simetrías, el sutil engranaje todo de mi cabeza se iba aflojando, desajustando, borrando, hasta que la pobre se convertía en una calabaza hueca que seguía dando tumbos, ciegos, sordos, por inercia de la furia, contra la terca inmensidad del mundo. La sirvientica taimada en tanto, llegada de la cocina, iba cambiando colores, del rojo encendido al blanco pálido, apretándose la barriga para no reventar de risa. Y la onda de su risa se cruzaba con la onda de mi furia, y juntas dejaban la atmósfera, la Tierra, y se-

guían rumbo a Marte, donde las captaban en sus aparatos los sabios marcianos.

Vivíamos en la calle de Ricaurte. Ricaurte el héroe, el prócer, ya saben, el que durante la guerra de Independencia se voló con todo un parque de pólvora para no dejarlo caer en manos de los realistas, gachupines enemigos de la patria. Los percusionistas y los héroes somos así. Tercos, irrevocables, porfiados. Qué le vamos a hacer, nos viene de familia. Mi abuelo, sin ir más lejos, era famoso en su pueblo, Santo Domingo, porque logró lo que nadie: hizo mover una mula.

Por el camino de herradura de Santo Domingo a San Roque, en la cima de una montaña, la mula resabiada se detenía y se negaba a emprender el descenso, a seguir adelante. Le clavaban los espolines, le daban de palos, la cubrían de insultos, le quemaban la cola. Nada, no seguía, no cedía. No daba un paso más: se había detenido, y hasta aquí llegamos.

—Pero, ¿qué más te da, inmunda, seguir adelante o volverte atrás, si de todos modos vas a ir de bajada?

No, no había forma. Nadie logró hacerla dar un paso adelante, llegada a lo alto de la montaña. Cedía el jinete, volvía la brida, y la mula tornaba a ser lo de antes, un animal dócil y sumiso... pero de regreso a casa, por el camino andado. De ese alto desde donde se divisaba San Roque, no hubo empeño humano que la pudiera hacer pasar. Lo consiguió mi abuelo. Armado de libros, sombrilla y fiambrella, yendo de por medio una apuesta y su honor de caballero, emprendió en la mula el camino de Santo Domingo a San Roque. Al llegar al alto la mula terca se detuvo, pero en vano se quedó esperando la insensata el chaparrón de injurias, de golpes, de espuelazos, o el incendio de la cola. Nada, nada de eso, habían cambiado de política. Bajo el tórrido sol del trópico mi abuelo abrió un libro y la sombrilla de su paciencia, empezó a leer y siguió sentado. Zumbaban las moscas, planeaban los gallinazos, chillaban los gavi-

lanes. Fueron corriendo las horas y la mula terca seguía en pie y él sentado. En el gran paisaje opaco de montañas la escena inmóvil parecía el cuadro de un duelo. Al atardecer, motu proprio, la mula dio un tímido paso hacia adelante, otro, otro, y echó a andar decidida pendiente abajo, rumbo a San Roque.

Gran señor mi abuelo. De niño atravesó una pared de bahareque a cabezazos. De viejo se embarcó en un gran pleito. Tenía un lanchón que cargaba racimos de plátano por el río Magdalena y se lo hundió un barco petrolero. De ahí el gran pleito. Desde mis más lejanos recuerdos el pleito estaba en curso, y lo vi llevarlo, entre arrumes de requisitorias y memoriales, de estampillas y papel sellado, del Juzgado al Tribunal, del Tribunal a la Corte, de la Corte al Consejo de Estado. Lo prosiguió por años: durante mi infancia, mi adolescencia, mi juventud, y lo falló su muerte. Algún día he de volverte a ver, abuelo, en las encrucijadas del sueño...

Por en medio de la calle de Ricaurte pasaba un arroyo, manso, terso, cristalino, la quebrada Santa Elena. En Antioquia, donde todo lo trastruecan y ponen de cabeza, a la Antioquía bíblica, para no llamarse como ella, le cambiaron el acento; y llaman al arroyo quebrada, confundiendo la depresión del terreno que forman en el fondo dos montañas con el pequeño cauce de agua que usualmente corre por ella. Digo esto para que nos vayamos entendiendo. La quebrada Santa Elena, pues, dulce, tintineante, cristalina, bajaba apacible con su música de aguas de lo alto de la montaña, del cerro Pan de Azúcar, en triángulo impecable. Pero detrás del cerro hay otro cerro, y otro y otro y otra montaña, y en mayo, el mes de las lluvias, cambiaba la cosa. Saltaba una chispa, brillaba un relámpago, sonaba un trueno y se soltaba el chubasco, el gran chaparrón de gotas grandes, vulgares. Y por los cerros y las montañas empezaba a rodar el agua. Y las fuentecitas se volvían arroyos, y los arroyos ríos, y ríos y arroyos iban a dar a la Santa Elena, que

engrosada por infinitos torrentes cambiaba de nombre y se tornaba en una avalancha: La Loca, la quebrada La Loca.

Rugiendo, despeinada, La Loca se lanzaba sobre Medellín amenazante. Era el día de la Santa Cruz, el dos de mayo, en que en Medellín siempre llueve. Llueve porque llueve, así digan que las bombas atómicas trastornan el clima, porque en Medellín la lluvia del día de la Santa Cruz no es una lluvia: es una prueba de la existencia de Dios. Y Dios existe, ¿o no? Mi tío Ovidio, que tiene nombre de poeta latino, dice que no. Pero Ovidio es un descreído. Y a los descreídos el día de la Santa Cruz les tapábamos la boca.

—Hoy llueve, vas a ver, y me dices si Dios existe o no existe.

Y más temprano o más tarde, se soltaba la lluvia. Era el argumentum meteorologicum, rotundo como una pedrada.

Dos de mayo, día de la Santa Cruz, a la hora en que en Antioquia oscurece, seis de la tarde. Estábamos rezando lo que se reza ese día, los mil Jesuses, más largos que tres rosarios:

—Si en la hora de mi muerte el Demonio me tentare, que se aparte de mi lado porque el día de la Santa Cruz dije mil veces: Jesús, Jesús, Jesús...

Y así hasta llegar a mil, repitiendo el encabezamiento cada diez Jesuses, y marcando de diez en diez con un granito de maíz que iba a engrosar un montocito que se comían los pollos.

—¡Saquen esos pollos de aquí que se están comiendo los maíces! —gritaba mi abuela.

No respetaban ni el maíz de la santa religión, ¡qué atrevidos!

—Jesús, Jesús, Jesús —volvía a decir la abuela coreada por una salmodia de voces infantiles.

Cuando de súbito se oyó un retumbo: ¡Buuuuuuuuuum!

—¿Qué pasó? ¿Qué pasó?

—¡Se soltó La Loca! —gritaron afuera.

Y nos asomamos a la calle. Sonora, rugiendo, furibunda, bajaba La Loca de la montaña dando tumbos, entre relámpagos y truenos, desmelenada. Se diría una culebra inmensa, inmensa, que hubiera perdido el juicio. O una cabra. Brincando de aquí para allá, rebotando con su cauda de aguas, anegándolo todo.

—¡Adentro! —ordenó la abuela.

Y nos metimos a la casa.

—Pero abuelita, ¿por qué la Santa Elena, que es una santa, el día de la Santa Cruz precisamente se vuelve un demonio y se aloca? No entiendo.

—Ya dejen de preguntar tanto, niños, y a seguir rezando: Si en la hora de mi muerte el Demonio me tentare...

La Loca se metió a mi casa de a poquito. Por la rendija de la puerta entró al zaguán primero, despacito, dando un paso aquí y otro más, como gallina timorata que entra en casa ajena. Después fue agarrando confianza y del zaguán pasó al patio, del patio al corredor, del corredor al comedor y del comedor a los cuartos, subiendo, subiendo, sacando las bacinicas de debajo de las camas, encharcando colchas, derribando mesas, levantando sillas, apagando velas (¡la veladora del Santísimo Sacramento, qué blasfemia!), y de un coletazo se metió a la sala.

—¡Se metió La Loca a la sala!

Sí, a la sala, a donde no podían entrar los niños y donde estaba el piano, ¡a hacer lindezas! A ahogar sillones, a volcar floreros, a arruinar sofás recién retapizados. Subía, subía en remolinos, sacudiéndose el cuerpo con bruscos cabezazos, hasta que llegó al cuadro del Corazón de Jesús y lo arrancó del marco. Cansada de hacer estragos en la sala, siguió al interior de la casa, no sin antes sacarle por joder, como quien no quiere la cosa, tres o cuatro acordes impresionistas al piano.

Al comedor se lo tragó de un bocazo, y por el segundo corredor pasó al segundo patio, rumbo a la cocina. ¿Y ustedes? Nosotros sobreaguando, náufragos agarrados a las ta-

blas de las camas. A la cocina llegó a apagarle al fogón la candela, y a husmearlo todo, como vecina entrometida y maleducada, a destapar las ollas para ver qué comíamos.

—Ajáaa, frijoles con tocino... ¡Qué bien! Huele bien.

Volvió a tapar la olla y continuó hacia el solar, la huerta, a darle un buen remojón a las lechugas, a las coles, a la yerbabuena, al cilantro, a las cebollas enhiestas de rabo verde. ¡Qué noche aquella! Papi, que volvía del trabajo, entró a la casa por un puente improvisado de tablones, lanzado de acera a acera. ¡Qué noche aquella! En Antioquia las quebradas son como los niños: berrinchudas.

Pasado mayo de los aguaceros, La Loca tornaba a ser la de antes, el arroyo manso, cristalino, la quebrada Santa Elena. Andando el tiempo la entubaron: la metieron en camisa de fuerza, en unos socavones de cemento armado bajo el pavimento de la calle. Al principio se le oía rugir abajo, después nada. En su oscuro reducto, en su eterna noche subterránea, la Santa Elena se fue secando, secando como todos los ríos de Colombia por la tala de los árboles. Ya ni quien sepa quién fue la Santa Elena, alias La Loca, que hacía temblar la tierra. Si usted pregunta hoy por ella, nadie sabrá de qué está hablando. Seca de sus limpias aguas, la ciudad desalmada la había convertido en un ignorado cauce de desagües, en alcantarilla municipal.

Salió el sol y sacamos a secar todo al patio. Muebles, colchones, colchas, sábanas, cuadros, todo, todo empapado, encharcado, arruinado. Al piano le pusimos a secar los maderos largos de las teclas y se torcieron. Y quedó sirviendo «para lo que sirven las tetas de los hombres» dijo Ovidio, el malhablado. El piano en realidad era una pianola, y tiempo después la operamos para descubrirle el secreto de que tocara sola. Abierta de tapa en tapa, le extrajimos las tripas, los muelles, los fuelles, el mecanismo entero de la autosuficiencia. Éramos niños cirujanos.

Mi voracidad de prodigios no conocía límites, y una y otra vez hacía repetirle a la abuela su fatigado repertorio de

cuentos. Sentados a la ventana de la sala, en la noche tibia, nuestro asombro extasiado no se cansaba de escuchar esas historias tuyas tantas veces oídas de duendes y de brujas, terroríficas, siniestras historias, narraciones inflamadas para exorcizar el tedio de la niñez.

—Ahora contanos, abuelita, el cuento de Domitila.

—Ah, sí, la bruja que era sirvienta del cura párroco de San Roque...

Y empezaba el ensueño. La vieja bruja taimada, cuando se dormían el padrecito y el pueblo, se levantaba de noche sigilosa y se iba a recorrer el mundo en su escoba.

—Salía al patio muy calladita ella, muy solapada, y se encumbraba a la región.

—¿A cuál región, abuelita?

—Allá, muy arriba. Volaba alto, muy alto.

—¿Más alto de lo que vuelan los gallinazos?

—Sí.

Subía volando hasta la torre de la iglesia, daba una planeadita sobre San Roque para tomar altura, y se encumbraba a la región. Volando, volando, alto, muy alto en la noche pasaba por Santo Domingo, que desde arriba se veía como un pueblito de nacimiento, de pesebre, con sus foquitos encendidos abajo, titilando. Volando, volando, dejaba atrás a Santo Domingo, Cisneros, Medellín, y por el río Magdalena se iba rumbo al mar, hacia la Costa Atlántica.

—¡Uy, el mar! ¿Y pasaba por Medellín, abuelita?

—Claro, pasaba por Medellín, daba un giro, y tomaba Magdalena abajo, hacia el mar.

Corridos los visillos y abiertos los postigos de la sala, la luna tenue, delicada, entraba con sus pasos de luz a la casa. Giraban las sombras sobre la cal del muro, mientras afuera caía tibia la noche, abrazando a Medellín. Todas sus historias de brujas terminaban igual: en el pueblo, en la plaza, sazonzando la hoguera de la Santa Inquisición. No sé de dónde sacaba la abuela ese final tremendista, porque en Antioquia nunca montó su negocio el señor Torquema-

da. Después nos íbamos los niños a dormir, hasta que una noche ocurrió el milagro.

Habían apagado ya los focos y dormía mi casa, dormía Medellín. Unos ronquidos envolventes venían del cuarto de mi tío Ovidio. Unos ronquidos que arrullan, como las olas del mar. Iban todos en su sueño a la deriva, salvo yo, que me removía inquieto. Y oyendo la llamada del Infinito me levanté. Sigiloso, descalzo, crucé el cuarto de Ovidio, crucé el cuarto de Elenita (la hermana de mi abuela), crucé el cuarto de mis papás y llegué a la sala. Y decidido me dirigí a la ventana mágica. Abrí los postigos, corrí los visillos y entonces vi el prodigio: en el sortilegio de la noche arriba, de la noche extática, cruzando la luna redonda, colosal, volaba la bruja Domitila en su escoba. Iba vestida de negro, flotando al viento los tules negros, con su sombrero y su nariz en punta, y su corte siguiéndola: veinte gallinazos negros.

—Mentiroso, no inventes.

—Sí, Elenita, yo la vi.

—¡Cómo ibas a poder verla, si era de noche!

—La vi porque la iluminaba la luna.

—¿Y cómo contaste los gallinazos con la rapidez que llevaban?

—No iban rápido, iban como a veinte kilómetros por hora.

—No te creo nada, mentiroso.

Si mi tío Ovidio no creía en Dios, mi tía abuela Elenita no creía en brujas. ¡Unos descreídos ambos! Corría entonces a consultarle a la abuela.

—¿Verdad abuelita que las brujas existen?

—Sí, existen.

Y agregaba una frase enigmática que corría por toda Antioquia:

—Que las hay las hay, pero no hay que creer en ellas.

Profunda verdad teológica, que negaba afirmando.

De día, parado en la ventana mágica, empezaba mi show travesti. He aquí una descripción sucinta del persona-

je, subiendo de pies a cabeza: zapatos rojos de tacón alto en punta, medias caladas, falda rojo encendido, cinturón rojo, cartera roja, guantes rojos, collar rojo de perlas, sombrero de velo rojo.

—¿Cómo es eso de collar rojo de perlas? Las perlas no son rojas.

—Ay doctor, así las recuerdo.

—Haga memoria, recuerde bien el color, que es importante.

—Rojo.

—¿Rojo suave?

—No, rojo fuerte.

—Pero, ¿cómo es que su mamá tenía ropa de color rojo?

—¡Qué sé yo! A lo mejor entonces así se usaba.

O a lo mejor no era rojo sino violeta, pero en mi recuerdo no hay medias tintas: rojo fuerte.

—¿Y qué edad tenía usted?

—Dos o tres años, doctor.

Porque apenas si sabía hablar. En un idioma que se diría chino, japonés o ruso, pero que resultó español castizo, iba mañana, tarde y noche tras de mamá insistiendo, hasta que por fin entendió: le pedía que me prestara los zapatos, los guantes, el sombrero...

—¿Y se los prestó?

—Sí doctor.

Al psiquiatra, como al confesor, hay que decírsele todo. Y vestido, digo, con la ropa de mamá, corría a la ventana mágica. Los vendedores ambulantes que venden naranjas, los choferes que manejan camiones, las beatas que vuelven de misa, las criadas que van a la tienda, los policías que agarran ladrones, todos en la calle todos me miraban incrédulos, pasmados de estupor. Cierro los ojos y vuelvo, con la imaginación del recuerdo, a esa calle de Ricaurte, a mezclarme con los transeúntes de la hora, a mirar al niño vestido de rojo en su ventana. Y se esboza una tenue sonrisa en

mi memoria por lo que el niño hace: se levanta la falda roja y orina despreocupado por entre las rejas de la ventana. Ya no existe la calle de Ricaurte, ya no existe la casa, ya no existe la reja, ya no existe la ventana. Como a todo en Medellín, se lo llevó el ensanche. Que se lleve el ensanche mi recuerdo.

—Ajá, a los dos años vestido de mujer, y sin embargo dice usted que no fue travesti.

—No doctor, ni tampoco fui cura.

Porque debo decir que con mis dos hermanos (los que tenía entonces pues después fueron muchos), obsesionados por la magia del ritual, por la pompa del culto, vestidos con largas batas de baño que trocaba nuestra imaginación en sotanas, con blancas albas que eran sábanas, con sobrepellices y casullas que eran jirones de trapo, celebrábamos solemne misa de tres padres. Sonábamos la campanilla, una copa de cobre habilitada, y era incienso el humo de periódicos quemados, y las altas naves de la catedral nuestros techos de vigas. Con un hisopo salido de no sé dónde rociábamos la casa de agua bendita: le echábamos Flit al Diablo.

—Travesti o cura, doctor, me obsesionaba la dignidad del culto.

Mea culpa. Mi soberbia arrepentida confiesa ahora que cura para mí era poca cosa: lo que quería en realidad ser era obispo, de mitra y báculo, o cardenal o papa.

—¿Se imagina usted doctor, yo vestido de papa en la ventana?

Las de la casa de la calle del Perú, a la que nos mudamos luego, eran más altas. Como la calle era en pendiente, y como además habíamos crecido un poco (en estatura, dignidad y gobierno), podíamos emprender la nueva hazaña: salir a la ventana a escarmentar borrachos. Pero por elemental educación, en este punto del relato hay que presentar a mis dos hermanos: Darío de bucles rubios, y Aníbal cascarrabias. Salía pues, con el rey persa y con el general

cartaginés, a las ocho o nueve de la noche a escarmentar liberales. Don Luis Trujillo, liberal, bajito y borrachín fue el primero. En la esquina de arriba, en un tenducho, se pegaba unas borracheras de padre y señor mío. Luego, cuando bajaba hacia su casa, se detenía un instante en la acera, ante la nuestra, y como nosotros éramos conservadores gritaba, con insolente ademán y voz estentórea, desafiante:

—¡Viva el gran partido liberal!

Entonces se seguía muy tranquilo, como quien le confiesa al cura un asesinato, y diciéndose para sus adentros: «Al que le caiga el guante que se lo chante».

Una noche venía don Luis Trujillo, borracho, chaparrito y liberal trastabillando, desde la consabida esquina, por su camino habitual de bajada, cuando nosotros salimos a la ventana. Se detuvo un instante, como siempre, ante nuestra casa, y caballo brioso que enarca la cerviz dando un relincho, gritó templando el puño desafiante:

—¡Viva el gran partido liberal!

Los tres inocentes, al unísono, sacaron sus mangueritas al aire y orinaron.

—¡Ah carajo —dijo el borracho— se soltó el aguacero!

Y sacudiéndose unas gotas de lluvia amarilla apuró el paso.

Pero ¡qué ignominia el trasteo al Perú desde Ricaurte! La mudanza... Por esa puerta por donde entraba La Loca iban saliendo nuestras cosas: un sillón despanzurrado, bacinicas desportilladas, un santo sin cabeza, una mesa coja, colchones orinados... Y los vecinos, sin que los viéramos, viendo... Ojos por todas partes, detrás de las rendijas, muy abiertos. Ojos indiscretos viendo, espiondo. Doña Marta, la señora gorda de enfrente, se asomaba:

—¿Aún no ha pasado el lechero? —preguntaba al aire la figona atisbando, con disimulo.

¡Qué lechero ni qué lechero! ¡Pretextos! Para echar miradas disimuladas.

—Ahí sale el piano, el maldito piano.

Iba saliendo el piano...

—Ahí salen los muebles de la sala. ¡En qué mal estado!

Iban saliendo los sillones deslavados... En la penumbra de la sala se veían bien; afuera, en el pavimento, bajo la cruda luz del sol ¡qué vergüenza! Parecían viejos gordos desnudos, esperando a que los subieran al camión del acarreo, enseñando el trasero. El sol los penetraba con sus rayos X implacables, partiéndoles el alma.

—Ahí sale la mesa del comedor cuarteada.

Salía la mesa...

—Ahí sale el cuadro del Corazón de Jesús, con el vidrio roto.

Salía el cuadro, salían las sillas, salían las ollas, salía la estufa, salían las macetas...

—¡Cuánta ropa vieja! ¡Cuánto trebejo! ¿Y eso? ¿Qué será eso?

A todos el corazón les dio un vuelco:

—¡Un ataúd!

Un ataúd, en efecto: salía el ataúd que le teníamos reservado a la tía Elena para cuando se muriera.

El camión de las mudanzas partió al fin, sin techo, atiborrado: a exhibirnos por toda la ciudad con indecencia. En el asiento delantero iba yo, el hijo mayor, con mi tío Ovidio, para indicarle al chofer la nueva casa. Atrás el carro de papi con el resto de la familia, resoplando. Una ligera brisa me aliviaba el sonrojo de la cara.

Al cuadro del Corazón de Jesús le cambiamos vidrio y marco. Vidrio nuevo, marco nuevo, vida nueva, porque viene el cura de la iglesia del Sufragio a entronizarlo.

—Pase usted padre. Por aquí, por aquí. Y ustedes niños a jugar al patio...

No, nada de jugar al patio, teníamos que verlo todo. Cruzaba el padre el zaguán y empezaba la ceremonia. Primero, la aspersion de agua bendita, ¡con hisopo de plata! En la sala, en el comedor, en los cuartos... Iba siendo expulsado el Maligno de sus baluartes. Una gota cae aquí,

otra gota cae allá, arrojando en latín a los ejércitos de Satanás. ¡Afuera diablos! ¡Afuera diablos! Volaban los moscones rociados por el agua bendita... Santificados... Después, en la sala, venía la ceremonia propiamente dicha de la entronización del Corazón de Jesús: con mucho incienso y rezos se le consagraba la casa.

Terminados los deberes inherentes a su cargo, el señor cura, envuelto en una nube de incienso, se despatarraba etéreo en el gran sofá retapizado de la sala, a aspirar las volutas voluptuosas, a descansar.

—¿No quiere el señor cura un vinito?

Sí, sí quería. Le traían vino de consagrar, de la alacena, un vino dulce como coma diabético. Vino de consagrar y galleticas en la bandeja reluciente de plata: la charola. El vino se lo servían en unas copitas de cristal tallado, que después se pusieron de moda en las casas de citas de Medellín.

En los días sucesivos iban llegando las vecinas a ponerse a las órdenes de mamá: a cumplir la primera visita de rigor, a enterarse, a curiosearlo todo; es a saber: a ver de cerca lo que el primer día vieron de lejos: lo que desempacábamos al final del acarreo.

—¿No se le antoja a la señora un vinito?

Sí, sí se le antojaba. Y le traían vino de consagrar de la alacena, con galleticas en la charola de plata. Las señoras se quedaban conversando en la sala, y los niños nos íbamos a jugar. Tiempo después, a la puerta de la casa, las señoras se despedían.

—Y mucho gusto en conocerla, señora. ¡Qué preciosos niñitos!

Nosotros. Ya podía irse la vecina tranquila, ya conocía a los nuevos vecinos, los del piano, ya nos conocía.

Era una casa de techos altos de vigas, piso fresco de baldosa y paredes encaladas. En las cuarteaduras de las paredes vivían los alacranes. Allí podían permanecer, vivos, sin comida, sin aire, sin agua, hasta veinte años. Nosotros hici-